

## CANTOS DE SIRENA

«Llegarás primero a las sirenas, que encantan a cuantos hombres van a su encuentro. Aquel que imprudentemente se acerca a ellas y oye su voz, ya no vuelve a ver a su esposa ni a sus hijos pequeñuelos rodeándole, llenos de júbilo, cuando torna a sus hogares; sino que le hechizan las sirenas con el sonoro canto, sentadas en una pradera y teniendo a su alrededor enorme montón de huesos de hombres putrefactos cuya piel se va consumiendo. Pasa de largo y tapa las orejas de tus compañeros con cera blanda, previamente adelgazada, a fin de que ninguno las oiga; mas si tú desearas oírlas, haz que te aten en la velera embarcación de pies y manos, derecho y arrimado, a la parte inferior del mástil, y que las sogas se liguen al mismo; y así podrás deleitarte escuchando a las sirenas. Y caso de que supliques o mandes a los compañeros que te suelten, átente con más lazos todavía.»<sup>i</sup>



Iconografía<sup>ii</sup>

Cuenta una leyenda de la ideología de lo dionisiaco, que las musas, expulsadas del Parnaso, no acabaron en la ciudad sino que fueron lanzadas al mar. Y, así, convertidas en sirenas, vivieron sumergidas entre intermitentes navíos, nautas y naufragios. De ese destierro nació la historia más absurda de la mitología. Un suceso tan extravagante que hubo de ser elevado a la categoría de lo heroico para disimular que éste, simplemente, se constituyó como una fanfarronería inadmisibles. Las sirenas y, circunstancialmente, Ulises. De tal manera quedó reescrita tal escenografía originaria.

Como si así fuese, tenemos unas sirenas cantarinas, un protagonista tremendamente chismoso y dominante, y unos dóciles marineros, quienes lo que menos deseaban era tener problemas y gustaban, por ello, de reír las ocurrencias del líder. Ulises quiso atreverse a escuchar el orden musical de la existencia. Pero, como todo perfecto déspota, no podía compartir tal buenaventura con sus congéneres, a quienes sólo deseaba como palmeros y ayudantes del nombre propio que había de llevar su hazaña; y, como todo perfecto cobarde, sólo quería deleitarse en lo riesgoso sin asumir lo responsable para, así, tras probar las mieles de sirena, proseguir indemne su camino de regreso a Ítaca y, circunstancialmente, Penélope. De este modo, mientras Ulises tapaba los oídos del mundo con tosca cera, él fue atado al mástil para quedar importante, visible y doliente en el centro del barco escuchando el peligroso orden musical de la existencia.

Las sirenas cantarinas entonaban sus bienaventuranzas. Algunas lo harían pensando en los atractivos pero temerosos marineros. Otras tantas ni se enteraron de que el barco de Ulises estaba allí desplegando tal histriónica parafernalia. El resto ni siquiera llegó a cantar: sólo miraba aquel barco con absoluto estupor. Rápidamente el mundo se llenó de cuerdas, de gritos, de mástiles, de tapones de cera. Todo para evitar arrojarse al mar y morir ahogados. ¿No hubiese sido mucho más sencillo que Ulises y sus secuaces hubiesen aprendido a nadar antes de embarcarse?

Así, así, para soterrar la falta de miras y nulidad de los héroes, nació tal mitológica calumnia: que las sirenas hacían zozobrar los barcos y devoraban a los marineros.

Y si bien las sirenas nunca llegaron a pisar la ciudad, ni a abordar la nave, ni quizá tampoco a cantar con tan extática armonía, ni siquiera en el piélago las dejaron vivir tranquilas.



Iconografía<sup>iii</sup>

---

<sup>i</sup> Palabras de Circe a Ulises en *Odisea*. Homero (1971). *Odisea*, traducción anónima. Barcelona: Editorial Juventud, p. 176.

<sup>ii</sup> Anónimo (8 julio, 1908): "Ulysses and the Steam Syrens" [viñeta], revista satírica *Punch or the London Charivari*. Imagen recuperada de <https://womanandhersphere.com/2012/08/10/collecting-suffrage-punch-cartoon-ulysses-and-the-steam-sirens/> (última consulta el 8/3/2019).

<sup>iii</sup> Atribuido a Martín Villaverde (ca. 1570). *Bestiario de Don Juan de Austria*, custodiado en la Biblioteca del Monasterio de Santa María de la Vid (Burgos). Fotografía por cortesía de la autora.